

vomitan, á su vez, nuevas huestes devastadoras, llevando por enseña un zapato de oro.

Después de los combates vienen las decapitaciones de los vencidos, cuando no vienen los incendios, en que mueren abrasados multitud de campesinos y de nobles alternativamente, según los caprichosos giros de la fortuna y la victoria. Ochocientos prisioneros son violentamente degollados; y en esta carnicería un arzobispo maneja el hacha y siega cabezas, como pudiera segar espigas. Por espacio de mucho tiempo los campos germánicos no tuvieron más abono que las carnes podridas y los huesos en sus surcos enterrados, por esta horrible guerra.

## CAPÍTULO IV.

### EL IDILIO.

Las noticias de todos estos trágicos sucesos llegaban á Melchor el músico, incitando naturalmente su deseo de arrastrar á Santiaguillo con todas sus gentes á la causa del pueblo, necesitada de la viva fe de su exaltado espíritu y de la fuerza vigorosa de su enorme brazo en la sangrienta cruzada servil. Desesperado por completo de persuadir al joven, fuese á ver á su padre y señor, el viejo posadero, quien le había transmitido á Santiaguillo en vida la posada, y procurádole con tiempo todos los medios de tener una situación holgada y ejercitar un trabajo pródigo y fecundo. El viejo estaba en aquellos momentos pagado de un hijo, por quien tuviera muchas pesadumbres y pasara pésimos ratos en su larga y trabajosa existencia.



Por consiguiente, pareciale de perlas que no se moviese á ninguna empresa en la general agitación, y que se cóntentase con agasajar de grado á los caminantes por su dinero y requerir de amores á Catalina, con quien dentro de breve plazo debía casarse como buen cristiano, y con quien debía darle deseados y juguetones y hermosos netezuelos. Santiaguillo había en sus primeras mocedades contraído tal número de deudas, que no pudo el padre pagar; y luégo asesinado en riña terrible á un burgomaestre, crimen que debió llevarle al palo, y en efecto lo llevara, de no haberse interpuesto una emigración voluntaria, en la cual todavía hizo mayores calaveradas y llevó al autor de sus días los más horribles disgustos. Por consecuencia, nunca le había parecido tan bien su hijo como en aquella ocasión, y nunca le había encantado como entonces por el arreglo de la vida, y la regularidad y el orden concertado de sus costumbres.

Así escuchó con oídos de mercader cuanto el músico le dijera, y atribuyó sus excitaciones violentísimas á la natural inquietud y desasosiego de quien tiene las pasiones de su pecho tan vibrantes y movidas como las cuerdas de su citara. El músico, á pesar de

la senil indiferencia, opuesta por el viejo á sus comunicaciones, como tenía tanta exaltación y libraba tal cúmulo de seguras esperanzas en el movimiento de los labriegos, no dejaba la ida por la venida, y ponía sus cinco sentidos en conseguir los vehementes deseos de su alma y arrastrar toda aquella familia, con todos sus amigos y adeptos, á los azares de la guerra. El padre contestaba con flema imperturbable á todas las observaciones, y esta flema, lejos de calmar, inflamaba el ánimo de Melchor, sacándole como decir solemos, de sus casillas. Tanta debía ser esta inflamación que dijo en uno de sus mayores y más vehementes raptos.

— Dadme agua.

— Te daré fresco vino del Rhin.

— Gracias, prefiero el agua, porque me abraso.

— Partamos la diferencia. Toma en este jarro un traguito de cerveza y serénate.

— No sabéis cuánta gloria recogería vuestro hijo en estos gigantescos combates.

— Lo sé. Por tal motivo debo resistirme todavía con mayor tenacidad.

— ¿Por tal motivo? No entiendo.

— Pues nada más fácil. Si había de ganar



muchas glorias, también había de correr muchos peligros.

—A bragas enjutas no se pescan truchas.

—Pero todo padre perdona las truchas, si un reuma ó un constipado ha de ser la natural pensión de quien se moja las bragas.

—Temblad, anciano, temblad, pues podría suceder que por evitar un peligro corrierais otro mayor.

—¿Cuál?

—Vuestros presentimientos de padre, jamás se lo dijeron al corazón.

—Habla...

—Ya sabéis cómo está nuestra comarca.

—Lo sé.

—Un conde voluptuoso manda en ella.

—Y tan voluptuoso.

—Una especie de sátiro.

—¿Sí?

—La novia de Santiaguillo no es conocida en ninguna parte por el recato con que la criara su padre.

—Ciertamente. La choza donde la guardan, parece un tapiado convento.

—Pues así que la boda llame la general atención sobre su persona, el conde querrá verla.

—Y así que la vea...

—No quiero deciros lo que sucederá.

—¡Oh! tienes razón.

—Pues entonces...

—¿Qué hacer?

—Nada más llano.

—¿Qué?

—Ir á la guerra para derribar un régimen tan criminal.

—¿Y quién asegura que la guerra dará tal resultado?

—El cielo.

—No delires.

—Yo tengo una gran fe.

—Pues no lograrás que participe yo de tal virtud.

—¿Por qué?

—Porque al perro viejo le van todas las pulgas.

—¿Y qué decís con eso?

—Que ya he visto más de un reformador, más de un revolucionario prometiendo montes y moreras para luego ni conseguir ni dar cosa ninguna.

—¡Mal rayo los parta!

—Ahí tienes á Lutero, quien parecía llamado á salvarnos.



—Y nos libertó del Papa.

—Y no debía haberse contentado tan sólo con darnos esa suelta, sino para completar su obra debió hacernos habitable la nueva sociedad espiritual donde nos había soltado.

—¿Y qué ha hecho Lutero?

—Pues ya lo sabes: ponerse al lado por completo de los señores contra los siervos.

—Ya se lo dirán de misas.

—No lo dudo. Però esas amenazas tuyas te demuestran que bien se está San Pedro en Roma. Lo que no has de comer, amigo Melchor, déjalo cocer.

—¿Cómo que no lo he de comer? Pues la victoria de los labriegos me traerá el pan espiritual para sustento de mi alma, y el pan material para sustento de mi cuerpo.

—¡Bienaventurados los que creen y esperan!

—Ciertamente.

—Mira, el mundo marcha muy despacio. En cada siglo suele adelantar el paso de un gallo, si no retrocede. Y los que quieren á deshora empujarlo, caen bajo su peso aplastados.

—Mas la historia les alza templos y altares.

—Ahí me las den todas, en la historia.

—Suprimid entonces la emulación.

—Después que yo me haya muerto ya pueden echarme, si gustan, á un estercolero.

—A nadie puede serle indiferente jamás el juicio de los siglos.

—¡Buena gera! Los siglos. No saldrás en tu vida Melchor, de tañer instrumentos, oficio vil, hasta la consumación de los siglos.

—No creáis eso. Llegará un tiempo en que sólo sean viles el ocio y la pereza.

—Ilusiones. El señor feudal, eternamente valdrá más que sus pecheros, como el obispo eternamente, sin que nadie pueda remediarlo, engañará fácilmente á los bobos.

—Entonces, no hay como arrojarse al surco, y permanecer inertes cual en los tiempos en que ofrecíamos á nuestros dioses victimas humanas, y reinaba en el mundo la horrible antropofagia.

—¿Tú crees que un Santiaguillo puede quitar la corona feudal á un conde?

—¿Pues no he de creerlo?

—Déjate de historias. Zapatero á tus zapatos; músico á tu música, trabajador á tu trabajo. Tenga Santiaguillo posada y parroquia-



nos, mujer é hijos, y désele una higa de todo cuanto pueda pasar en el mundo.

—Pues si tal cuenta se hiciera nuestro salvador, recluyérase con fácil egoísmo en su carpintería, y dejara correr un mundo que le reservaba por todo premio la cruz.

—Pero los Cristos no nacen como los hongos, en cualquier posada de Alemania.

—Pero nacen en un establo de Belén.

—Déjame, Melchor, en paz con tus sermones.

—Los ensarto, porque aprecio á vuestro hijo, y porque os aprecio á vos. Buen don le hacéis con una posada, cuyas rentas puede, cuando le plazca, embolsarse vuestro conde. Buena felicidad le procuráis con una mujer, la cual puede llevarse cuando quiera el conde á su lecho. De continuar así, la vida no es tal vida, es un tormento; y de vencer los labriegos, ¿qué será de vuestro hijo, sin participación alguna en la popular victoria?

—¡La victoria! Los campesinos habitando los palacios y los palaciócolas rompiendo terrones en los campos, cosa es inverosímil é imposible. Tanto valdria que los peces tiraran de los coches en el aire y los caballos vivieran en las aguas, que los leones pacieran dulcemente por los prados y las

ovejas erraran rabiosas y fieras por la inmensidad de los desiertos, asediando presas y combatiendo en continua guerra y en feroces carnicerías.

—¡Bah, bah!

—No desprecies, no, estas reflexiones del sentido común.

—¡Los oprimidos no triunfan jamás! ¿Quién os ha dicho tal cosa? ¿Por ventura los nobles nacieron todos con una cota de malla en el cuerpo? No; sabemos por la historia, que los acosados en pós de las selvas alemanas subieron al Capitolio en irrupciones incontrastables. Pues también pueden subir los siervos á los castillos de un vuelo, y en los castillos quedarse á su sabor y á sus anchas.

—No seas loco. Aun suponiendo que suceda tal cosa, ya estaremos nosotros pudriendo tierra. No se cambia el mundo tan fácilmente.

—¿Que no se cambia?

—Sobre todo, Santiago ha sido la pena de mi vida.

—Pues siguiendo mis consejos sería la gloria.

—Su colocación me ha costado un ojo de la cara.



— Ya lo creo.

— Ahora me procura su proceder algún contento, pues sólo piensa en su novia.

— Pero no veis el buitre que aletea sobre la casa.

— Ya veremos.

— Mis ojos leen en lo porvenir.

— No creo en profetas.

— Pues yo creo en Cristo y en Muntzer.

— En el primero yo creo también. El segundo, buen provecho te haga.

— Me voy desesperado completamente, y aguardando á que os avise pronto un certero golpe.

Melchor se partió, cuasi demente, al ver tan tenaces en la inercia y en la comodidad á un padre y á un hijo, de verdadero poder en la comarca, y que deberían dar á los campesinos y á su revolución una inmensa fuerza. Más cercano al déspota Conde, que los dos posaderos, por su oficio palatino, lo miraba con mayor atención y descubría con mayor claridad en él todos sus crímenes, horrendos de suyo, como las monstruosidades feudales. Por consiguiente, sonaba el clarín guerrero en los oídos de cuantos tenía cerca, seguro de que, tarde ó temprano los siervos todos, bien por fuerza, bien de

grado, seguirían el proceloso camino de la revolución, preferible á la muerte eterna y al eterno sueño, en los senos de su terruño. La tempestad universal, que sacudiera los aires y las almas en Alemania, se había metido en el cerebro y en el corazón de Melchor, inspirándole aquellas supersticiones y aquellos encrespamientos que le traían á mal traer, y le abrasaban con horror en su voracísimo fuego.

Y mientras tanto, Santiaguillo, como los temperamentos exaltados, entregábase á una sola pasión y á un solo pensamiento, á la pasión y al pensamiento de su amor, exclusivo y esencial objeto de su alma enajenada y extática. Es fácil, mejor dicho, es frecuente hallar en el mundo almas tan concentradas en sí mismas que, con los ojos abiertos y los oídos aguzados, ni oyen, ni ven cuanto á su alrededor sucede. Así el alma de Santiaguillo en aquellos instantes. La tierra de Alemania se desquiciaba y destruía bajo sus plantas; el cielo se tornaba una inmensa tempestad que consumía hasta las almas en el interior de los cuerpos; al chisporroteo de los incendios, entre cuyas voraces llamas los castillos se desplomaban tostados, entreveíanse montones de



cadáveres insepultos, como si hubiera sonado en el reloj de los tiempos la hora del último juicio. Y Santiaguillo no veía todo esto en la absorción de su alma embebecida por el amor, como si hubiera perdido la vista, el oído, el pensamiento, la conciencia, y no le quedara sino el ser necesario para consagrarse á Catalina y adorarla con una tan grande idolatría que, semejaba, en su absoluto abandono, á una verdadera enajenación.

A la verdad, el campo primaveral donde Santiago discurría solitario, atisbando los ojos de Catalina, presentaba todos los encantos de un amanecer en Mayo. El cielo, de color de perla en los primeros instantes, al rayar la riente alborada, tornábase luego de un matiz rosa, semejante al rubor de la niña enamorada, que oye profundo suspiro de amor. Las crestas de los montes, sonrosadas por los albores, quebraban la luz matutina con tan variados reflejos, que parecían ya pirámides de coral ó ya rotondas de rubies. En aquellos iris acababan de acostarse la luna y la estrella matinal que la sigue, y de despertarse las parlerasavecillas con sus himnos de arpegios y gorjeos. La verde, y ya granada espiga, llevaba en sus

aristas gotas de rocío y en sus raíces pétalos de amapola. Coronábanse de flores los arbustos, difundiendo aquella dulce alegría que siente la casta joven, cuando se ciñe, á impulsos de risueñas esperanzas la guirnalda misteriosa de novia, en el anhelado día de sus nupcias. Los seculares árboles, llenos de moho, de líquenes, de festonantes enredaderas, sacudían sus copas al airecillo, y dejaban caer como una lluvia de oxígeno, producida por los primeros besos de la luz, mientras las praderas, de varias flores sembradas y enriquecidas, así como daban mieles á las zumbantes abejas, daban colores á las tenues y ligeras mariposas. Por aquí el trabajador que canta, llevando su azadón al hombro, con la jovialidad nacida del descanso en brazos de la noche; por allí el pastor, que saca el ganado de apriscos y establos humeantes, despidiendo de sus lanas sanísimos aromas y de sus esquilas notas varias, tan regocijantes como cualquier alegre melodía. Todo convida, pues, todo al amor: el aleteo, el cántico, el vuelo, el vapor, el resplandor, que diriais esfuerzos constantes y tenacísimos de la materia, para producir y exhalar el espíritu, como la flor que se disipa y se transforma en aroma.



Pero sea de esto lo que quiera, el principal atractivo para un amante verdadero, de los cánticos entre las aves cambiados, de las miradas por el sol dirigidas á su esposa la tierra, de los besos dados por los agujones de los áureos insectos á las enamoradas flores, el principal atractivo, decíamos, estaba en que todos aquellos espasmos correspondían con su henchido corazón, por el cual se agolpaba y enardecía la sangre hirviente, de igual manera que la corteza de los árboles rejuvenecidos y reengalanados la savia primaveral en tanto exceso de vida.

Santiaguillo, como buen alemán, era de suyo soñador; y como buen soñador sabía cuánto indicaban todos aquellos seres en las varias manifestaciones de su vida. Había pasado la noche toda en prolongado sueño y estaba dispuesto, y muy dispuesto, á creer que los males se ahuyentaban de la tierra, cuando él se despertaba en la seguridad completa de ver los ojos de Catalina y escuchar las cadencias de su palabra. Cada soplo aromado de las auras, cada pétalo caído de las flores, cada trémula gota de rocío, cada gorjeo del ave parecíanle palabras dichas por todos los seres á una, para expresar de algún modo lo que sólo él sentía, y

no acertaba en la exaltación de su sentimiento á expresar.

En esto, al fin de una riente alameda de albaricoqueros, perales y manzanos en flor, aparece Catalina con su zagalejo pardo, su mandil rojo, su jubón negro, su camisa blanca muy ajustada, con argenteos botones al cuello, sus trenzas de oro sobre la espalda, su ramo de rosas al pecho; manteniendo en la redonda y erguida cabeza un cántaro y llevando en la fina mano una jarra. Con juvenil regocijo canta, sonríe y retoza, tan olvidada de su cántaro, que parece tenerlo fijo en la testa, según la movilidad con que á todas partes se torna y dirige, movida por el natural inquieto y el abandono propio de su robusta y alegre juventud, en la cual rebosan de suyo vida y alegría. Pero por muy erguida que tuviera la cabeza y muy seguro el cántaro, no pudo menos de retroceder unos pasos y soltar la jarra y llevarse las manos arriba, en el sacudimiento producido por la emoción de haber hallado, aunque lo esperaba desde la cita dada en la noche anterior, á su amado Santiaguillo, quien la seguía y la miraba, con tanta extrañeza extática, y arrobado cual si no la hubiese visto nunca.